á la desgraciada Polonia, al nuevo Imperio germánico y á la moderna Italia, y decidme si no es odiosa y execrable la fuerza que oprime y que despoja, y si no interesan y conmueven á todas las almas rectas la resignación del oprimido y la dignidad del despojado!

Volviendo ya, Excmos. Señores, al argumento de mi discurso, del cual me ha llevado harto lejos la excitación de mi ánimo, yo debo manifestar ahora, que si la conquista de Granada cubrió á la España y á la cristiandad de gloria inmarcesible por la suerte de las armas, ella elevó igualmente nuestro progreso intelectual hasta un grado que asombra. La Italia pretendía entonces hallarse á la cabeza del movimiento científico de Europa; pero la ciencia de los hombres del reinado de los Reyes Católicos era mucho más pura que la de los sabios de la culta Italia, porque no estuvo nunca inficionada con la perniciosa literatura del Renacimiento.

En el reinado de Isabel I brillaron en las ciencias eclesiásticas aquel Victoria que admiró á la Francia y que nos legó á Melchor Cano; aquel Fray Juan Pérez de Marchena, que sostuvo el ánimo desfalleciente de Colón hasta que le alcanzó el día de su gloria; aquel Jiménez de Cisneros, que tanto honró á la Universidad de Alcalá, y que protegió la edición de la *Políglota Complutense*. En la legislación descollaban Montalvo, Ramírez y el célebre Galindez de Carvajal. En las lenguas

sabias sobresalian Lebrija y Arias Barbosa; en las letras Vergara, Zamora, Coronel y López de Zúñiga. En la poesía admiramos la sencillez y la dulzura de los bellísimos romances moriscos, las ligeras y graciosas composiciones de Lope de Haro, los dramas de Rodrigo de Cotta y Fernando de Rojas. En las bellas artes se distinguían Antonio del Rincón, Juan de Juanes, Berruguete, Borgoña y Siloe, y había ya nacido el inmortal Herrera. Isabel hacía escribir á Palencia su *Diccionario*, á Valera su *Geografía*, á Pulgar sus *Crónicas*, á Pedro Mártir sus *Décadas*. Florecían las famosas Academias de Sevilla, Toledo y Salamanca; y la deuda que teníamos contraída con la Italia, por habernos dado á Mártir, Marineo Sículo y los Geraldinos, se la habíamos de pagar liberalísimamente enviándola tantos privilegiados talentos, desde Encina y Soto hasta el Abate Juan Andrés. De estas instructivas escuelas debían salir, para pasmar al orbe, aquellos sabios celebérrimos de Trento, que abarcaron todos los conocimientos teológicos y filosóficos de su época: Lainez, Salmerón, Carranza, los Sotos, Cano, Covarrubias, Azpilcueta, Agustín, Arias Montano y Pacheco. Allí bebieron también sus inspiraciones Maldonado, Mendoza, Morales y Zurita; Luis Vives, rival de Erasmo y de Budeo; Fray Luis de León, Fray Luis de Granada, Malón de Chaide y Sigüenza; Boscán, Garcilaso y Cetina, y hasta Lope de Vega y Cervantes.

¡Ah, Señores Excmos., y cuánto difiere esta ciencia tan sobria y tan fecunda de esa ciencia orgullosa que hemos visto salir de los más oscuros abismos del espíritu moderno, informado á su vez en la herejía del libre examen! Esa ciencia funesta, que ha presumido forzar hasta los impenetrables secretos que Dios guarda como Rey Creador é Increado; que, invirtiendo el orden psicológico, ha hecho del pensamiento el esclavo de la imaginación, declarándose luego ámbos enemigos de la verdad; que, á semejanza de la religión árabe, la cual hacía prosélitos por la sensualidad, gana la mayoría de sus adeptos por el sensualismo, si es que no se declara también fatalista como aquélla, señalando á cada una de nuestras acciones mil motivos que encadenan la libertad humana; esa ciencia, repito, ha venido á condensarse de este modo: errores sobre la religión, sobre la filosofía, sobre la historia; impiedades sobre la Iglesia, sobre el matrimonio cristiano, sobre el hogar doméstico; delirios sobre el poder, sobre la propiedad, sobre el derecho: errores, delirios é impiedades que forman como la *trilogía* abominable y sombría con que el espíritu del mal ha venido á fascinar en nuestro tiempo á los pueblos y á los individuos, y que se representa á mi mente como el volcán del monte Hecla, terrible cono terminado en tres puntas, por las que arroja su lava, y cuyas grietas, sin embargo, están llenas de nieve.

Bien sé, Señores,—y ¿quién podrá ignorarlo?—

que los enemigos de la Iglesia ponderan locamente las preciadas conquistas y los adelantos materiales de ese espíritu moderno, que no es creyente ni humilde. ¡Ah! Yo no puedo ya detenerme á establecer una distinción luminosa entre las verdaderas civilizaciones que la Iglesia ama, porque la Iglesia ha amado siempre la ciencia y el verdadero progreso, y esas culturas refinadas y estériles, indicio cierto de la decadencia de las razas y de los imperios; pero puedo, sí, dirigir á todos los hombres sensatos esta pregunta sencilla: ¿Qué civilización es la nuestra, que, alumbrando tanto, no deja ver los caminos de la sabiduría; que, corriendo tanto, no alcanza las realidades del bien; que, produciendo tanto, empobrece más y más á los pueblos; que, poseyendo tanto, todo lo deposita en las arcas sin fondo del vicio y de la iniquidad? Señores, el ave necesita para volar de sus dos alas: la razón y el sentimiento, regulados por lo sobrenatural, son como las dos alas de la vida del hombre; y cuando una de ellas está herida, en vez de remontarse á regiones serenas, sólo consigue arrastrarse por un suelo fatal, en el que las pasiones desencadenadas parecen apagar hasta el instinto de la conservación, hasta el deseo de ese bien desconocido que el alma va buscando sin cesar en su peregrinación sobre la tierra, y que no se puede realizar sino en las moradas eternales.

Resumamos, ya, Señores, este largo discurso, cuyo pensamiento culminante ha sido explicar una

hermosa sentencia del Libro de los Proverbios; á saber, que la idea de la verdadera gloria es de todo punto inseparable de los justos títulos con que llega á adquirirse. La conquista de Granada, emprendida por el celo de la religión y por el amor á la patria, y consumada por Reyes y por caudillos que, en medio de un valor heróico, tenían siempre fijo su pensamiento en Dios y perdonaban al vencido por el amor de Jesucristo, enseñó al mundo unidas las excelencias de la justicia con las ternuras de la misericordia. Por eso, con la realización de tan grandiosa empresa, España logró vivir en todas las esferas la plenitud de la vida, y el claro sol de su fortuna y de su gloria tuvo rayos bastantes para regenerar la Europa y para llenar el mundo. *Qui sequitur justitiam et misericordiam, inveniet vitam et gloriam.*

Excmos. é Ilmos. Señores: es destino de nuestra patria salvar á las naciones europeas de las grandes catástrofes: que en menos de cuatro siglos, ella las ha librado de las irrupciones del Islam, de la completa invasión de la Reforma protestante, y acaso de la dominación universal de Napoleón I. Hoy los más poderosos reinos de la Europa están también colocados al borde de un abismo, porque se ven agitados por ideas funestísimas, y los propagandistas del mal diríase que buscan su apoteosis en la perpetración de grandes crímenes. Pues bien: en este naufragio inminente del orden y de las instituciones, nosotros, Sacer-

dotes del Catolicismo, combatiremos con todos los recursos de la ciencia teológica y de la filosofía cristiana esa conjuración sin ejemplo, donde el incrédulo lucha contra el dogma, el impío lucha contra la virtud, el hereje lucha contra la Iglesia, el revolucionario lucha contra la autoridad, y el comunista, vándalo de su propia grandeza y de su propia dicha, se revuelve á la vez contra la religión, la patria y la familia. Vosotros, representantes de la potestad civil, honrad á la Iglesía Católica, que es el mejor escudo y el más firme sostén de la autoridad de los Príncipes: desplegad una imparcialidad y una rectitud á toda prueba en el puesto que debéis á la confianza de vuestros conciudadanos: haced siempre una política levantada y digna, donde las pasiones y las miserias se sacrifiquen ante las aras del bien común, cual cumple á la altivez castellana y á la hidalguía española; y ¿quién sabe? acaso una vez más sea timbre de gloria altísima para la católica España ver estrellarse contra los muros de nuestro patriotismo y nuestra fe los desesperados esfuerzos del espíritu del mal y del error, renovándose aquel suceso providencial y magnífico de debernos su salvación el Occidente.

Y vosotros todos, Señores, oidme bien, que yo he de repetir aquellos pensamientos con que he dado principio á mi discurso. Los héroes que llevaron á cabo la obra de la restauración de España y que reconquistaron este privilegiado suelo, eran

hijos amantísimos de la Iglesia Católica; y aspirar á hacerse partícipes de laureles alcanzados por ellos bajo las banderas de la Cruz, bendecidas con las ceremonias de nuestra liturgia, sólo se puede concebir en cristianos y católicos. Sin duda que en el seno del Catolicismo pueden morar tranquilamente hombres que profesen distintas opiniones y que acaricien distintos ideales políticos; porque él es como un campo neutral, el recinto seguro y civilizador, donde caben todos los sanos productos de la inteligencia y del genio; pero esos hombres han de admitir, como condición imprescindible, todo cuanto cree y enseña la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana; esto es, para lavar su mancha primitiva, la fuente cristalina que en todas partes brota, las aguas del Bautismo: para purificar su alma, un asilo de regeneración, el Sacramento de la Penitencia; para saciar el hambre de su espíritu, una mesa abundante, la Mesa Eucarística; para inundar su sér de los más fecundos amores, una maternidad tiernísima, la maternidad de María; para conservar la unidad de la fe y no extraviarse nunca en las investigaciones de la razón, una Iglesia docente, y un Vicario de Cristo, Pontífice al par que Rey; como Pontífice, infalible, y como Rey, el más grande de los Reyes.

¡Y Tú, oh Dios y Señor mío! Nosotros caemos de rodillas delante de Ti, adorando los secretos de tu Providencia, que cuida desde la flor y el ave hasta el hombre y el cielo. ¡Señor! Nosotros reco-

nocemos los especiales beneficios de que has colmado á esta ciudad predilecta, y todos sus católicos hijos elevamos hasta tu Trono, con las espirales de humo del incienso sagrado, nuestras oraciones eucarísticas. ¡Señor! Nosotros te llevaremos desde este día, como testimonio de gratitud ferviente, los homenajes de nuestra fe y la ofrenda de nuestras virtudes; y nuestras postreras palabras serán las de aquel Himno inspirado que, para conmemorar este día inolvidable de la justicia y la misericordia, habrá de resonar perpetuamente en este hermoso templo: «A Ti, Señor, te alabamos, y nuestra lengua y nuestro corazón confesarán eternamente tu Nombre.» TE DEUM LAUDAMUS, TE DOMINUM CONFITEMUR. AMÉN.

BIBLIOTECA